

EL ESPAÑOL



F. 1/0.

SUMARIO

PORTADA, por *R. Lorenzale*.—GRANADINA, por *R. Pichot*.—MORENO, EL DE ZALAMEA, por *Blanca de los Ríos de Lampérez*; ilustración de *G. Bilbao*.—BRETONES ORANDO, por *E. Buland*.—LA NATURALEZA DESCUBRIÉNDOSE, por *E. Barrias*.—EL PERDÓN, por *E. Dubois*.—ESTUDIO, por *A. F. Chantrón*.—TIRITITAINAS PAREMIOLÓGICO-MUSICALES, por *F. P.* — ¡NATURALMENTE! y ¡ESTA ES!, por *Pedro Gay*.—VARIEDADES.



R. PICHOT.—GRANADINA



Fundición de Masriera y Campus

MORENO, EL DE ZALAMEA

En el sosegado curso de aquella metódica é inalterable vida de la casa de mis abuelos, donde por mitad imperaban el más estrecho orden y observancia religiosa, casi monástica, y la más rigurosa etiqueta, producíase, de vez en cuando, una brusca y enorme desviación, un cambio tan insólito é increíble, como si la casa se volcase de improviso, techo abajo y cimientos arriba.

Era el caso, que en aquella ordenadísima y pulcra mesa del comedor de mis abuelos, donde por altos respetos á las reglas de urbanidad y á la blancura de los manteles, no se nos consentía á los niños, no ya comer *con los mayores*, pero ni poner las manos pecadoras que solían escarbar en la tierra de las macetas y acariciar á los gatos, en aquella misma inaccesible y veneranda mesa, regalábase con frecuencia un rústico, un campesino, un patán, — ¡así como suena! — el cual, tan pronto como sentaba las valientes y peludas zarpas sobre los manteles, daba al traste con la blancura de ellos y con todas las pragmáticas de urbanidad y buena crianza habidas y por haber.

Y esta singular perturbación del orden doméstico fué sin duda el motivo de que en mi imaginación infantil se grabase con trazos indelebles la imagen vigorosa del perturbador; porque empeñada mi curiosidad en buscar en su rústica persona cualidades que justificasen el inusitado honor que mis parientes le otorgaban, díme á estudiar y á desmenuzar con los ojos, tan insistentemente, aquella figura, que me la aprendí de memoria, y con tal ahinco, que en la memoria la tengo y la tendré siempre esculpida en alto relieve, como en el más duro bronce.

Desde que, al apearse del sardesco macho que arrendaba á los hierros de una ventana baja, tiraba enérgicamente de la campanilla de la *reja*, vibraba la casa con el alborozo, ruido y animación, que por toda ella difundía su

presencia. Al cruzar el patio, las escaleras falsas y ambas cocinas (baja y alta) iba derramando su largueza y jovialidad en cigarros para el mozo y en saludos y piropos, de buena ley, repartidos entre las sirvientas estables y las *allegadizas*, que tanto abundaban en aquella patriarcal vivienda andaluza.

Cuando su voluminosa persona y adherentes *atracaban* á la puerta del comedor, que era estrecha y baja, nos quedábamos á obscuras los de adentro.

— ¡Dios guarde á ustés! — Saludaba el rústico, desalojándose bruscamente de las alforjas, del capote y del fieltro, y entregando á la doncella el acostumbrado regalito, consistente, según la estación, en un puchero de sabroso *dulce de vendimia* (arrope) ó en una cesta de almibarados *damascos* (albaricoques); ó de ambarinas uvas cubierta con anchas hojas de parra ó de higuera, que caldeadas por el sol, trascendían á sávia fresca, con cuyo aroma y con el intenso de la fruta sazónada y el husmillo á caballeriza que la montura comunicaba al jinete, llenábase la pulcra estancia de ácras emanaciones campestres, á las cuales se sumaba, desagradablemente, el tufo al humazo de tabaco de que estaban impregnadas las ropas de Moreno, que así se apellidaba nuestro honrado huesped.

El cual, una vez libre del capotón y del sombrero, mostraba haber sido todo *un real mozo* — porque ya pasaba de los cincuenta — y ser todavía colorado y sano, como pero rondeño, limpio como el oro, derecho como un huso, recio como una encina y arrogante como un atleta.

Tenía el magnífico y robusto tipo romano, cabeza pequeña, soberanamente plantada sobre torso agigantado y brioso. Y de su alma rebosaban la misma buena salud, placidez y hermosura que resplandecían en su cuerpo.

Era digno compatriota del más admirable de los personajes calderonianos, y por serlo, le apellidábamos invariablemente, *Moreno, el de Zalamea*, sin que llegase nunca á mi noticia su nombre de pila.



— ¿Conque paisano del *Alcalde de Zalamea*, eh? — preguntóle un día mi padre, en tono halagüeño, y el buen hombre respondió candorosamente:

— No zeñó, hogaño l'arcarde é foraztero.

Ni sospechaba la existencia de *Pedro Crespo*, y sin embargo, ¡se le parecía tanto! Mientras almorzaba, engullendo el par de huevos con chorizos, ó sorbiendo del tazón de café con leche, no cesaba de hablar de *aransás* de olivos ó de *pan llevar*, de *garrotales* ó *estacás*, de la *simentera*, de la *cogta* y la molienda; del *ajorro* y del atraso, de la *contribución*, del *cabirido* (ayuntamiento); de *hipotecas*, *pagarés* y *desahucios*, con otras cosas de ese jaez, que para nosotros los niños era letra muerta y monserga insoportable.

Pero al andar de los años y al despertar de la reflexión, fuí yo advirtiendo en el buen Moreno cualidades que, poco á poco, me iban explicando la honrosa acogida que le dispensaban mis mayores.

Había en las groseras delicadezas — no hallo expresión más cabal — en el rumboso desprendimiento, en la pura jovialidad, en el sano y comedido lenguaje, en la bizarra apostura, en el justo y recto pensar y en el siempre hidalgo proceder de aquel palurdo, una levadura tan fuerte y tan castiza de nobleza y caballerosidad, una tan alta y tan íntima distinción, aristocracia y señorío del alma, que rústico y todo, ganas daban de vestirle una toga ó de colgarle una excelencia.

Nada, que aquel hombre parecía vaciado en la misma turquesa que el insigne *Pedro Crespo*. ¡Y harto lo demostró!

* * *

Los viajes de Moreno á Sevilla no guardaban periodicidad alguna, si no era en los dos términos críticos del año económico-rural, *por San Juan* y *por San Miguel*, en los cuales su llegada era fija, como la del sol en cada día.

Desde tiempo inmemorial, tenía el buen hombre en arrendamiento una casa, un olivar y un molino aceitero, propiedad todo ello de una tía nuestra; y en ambas fechas iba infaliblemente, bien á liquidar los alquileres, bien á pedir ó satisfacer algún adelanto, de los que para ayuda de la siembra ó de la recolección, de muy buena gana le facilitaba mi familia.



Fuera de aquellas épocas, sus visitas no la tenían determinada, si bien solían ser numerosas, por serlo los asuntos que le llevaban á Sevilla.

Pero el año á que me refiero, llegó el día de San Juan, y Moreno, por la primera vez, no acudió á casa de mis abuelos.

— ¡Es extraño! ¿Estará enfermo? Acaso el desembolso que hizo para redimir á su hijo de las quintas le tiene alcanzado de fondos y como es él tan caballero, no pudiendo pagar, no se atreve á presentarse.—Pensó mi familia y temerosa de que se atribuyese á impaciencia interesada el cuidado afectuoso, no intentó inquirir inmediatamente la causa de aquella ausencia.

Pero transcurrió un mes y otro, llegó San Miguel y tampoco apareció Moreno. Entonces, ya la inquietud de mis parientes subió de punto. Escribieron á Zalamea, y no obtuvieron contestación. Preguntaron al aperador del cortijo que unos amigos nuestros tenían en aquel pueblo, y ése respondió que Moreno había estado gravemente enfermo, que tenía grandes penas — no quiso expresar cuáles fuesen; — pero que á pesar de todo ello, sabía por él mismo que no tardaría en parecer por Sevilla.

Y en efecto, una mañana, de las últimas de aquel otoño, y, sin que previamente le anunciase el alegre campanillazo y los bulliciosos saludos de costumbre, apareció Moreno, sin alforjas ni capote ni regalo, y casi sin alientos y sin voz á la puerta del comedor de casa.

Saludó apresuradamente, disculpóse como pudo de la

falta del obligado obsequio, arrojó á un rincón el ancho *bavero* y se dejó caer en la silla que acostumbraba ocupar frontera de la puerta. Cuando al darle de lleno la luz, pudimos ver su horrible demacración y rápido envejecimiento, fácilmente adivinamos que el mal que le acababa, más que en el cuerpo, debía residir en el espíritu.

Para disimular la mala impresión todos preguntamos simultáneamente: — ¿Qué ha sido eso? ¿Cómo no ha venido usted?

— ¡Mírenme á la cara, zeñore! — contestó el labriego amargamente. Y cierto que su aspecto respondía por él con tan dolorosa elocuencia, que nadie se atrevió á articular palabra. Entonces Moreno, dirigiéndose á mi tía, cuyo inquilino era, sacó de la faja unos billetes de Banco, diciendo:

— ¡Ante todo, la obligación religiosa! — Y entregó, casi por fuerza, los billetes á mi conmovida parienta que no osaba recibirlos antes de conocer la situación del fidelísimo arrendatario.

— ¡Ahora — suspiró éste — gracias á Dios, ya nada debo má que mi cuerpo á la tierra que lo *yama* y mi arma ar Señor que la crió!

— ¿Se acuerdan usted, zeñore — prosiguió rehaciéndose — cuánto me costó *desidime* á redimir *ar niño* de la quinta? Pó su mare lo jise, que no debiera, y mi corazón que es mú leá m'avisaba que aqueyo no iba erecho. ¿No zerví yo ar Rey y á la patria ¡y á mucha honra! zeñore? ¿Pá qué librá ar zeñorito? Pué... ¡pá su perdisión y la mál...

Er mu zandio der *zagá* z'enamoriscó de una lambrija, de una cusilona *jambría*, que porque sirvió á una marquesa z'empeña en arrastrá *faralare* por los terrone de Zalamea. Y como z'enamoró, ze cazó y como — ¡gracias ar mimo de su mare, ese hijo ha saltó una *piesa de leva!* — ni er mario ni la mujé servían pá ganá una condená peseta, pero tenfan *jumo* é zeñore, que — «Cuando la jormiga se quié perdé — alas le han de nasé.» — ¿Y qué jisieron, zeñorita, si jasta er contálo m'ábrasa los labio...! — Aquí, el acongojado padre bajó la voz, y solo pude percibir algunas palabras sueltas: *papeles falsos... chanchullos... escribano... justicia...* y por último, en voz alta: — ¡Vamo que, á *güen componé*, ni un clavo ha queao en mi casa! ¡Y er bribón... er mal'arma é mi Juan... En la carsel,

zeñoritos... y por ladrón! ¡Un hijo de este hombre! ¡Era pá matarle! Pero... como es mi hijo y... el único, y tan querío!... Entre matarle ó morirme... ¿qué jase un pare?... Me muero yo, y me muero... de vergüenza, María Santísima!

Y cubriéndose con ambas manos la cara, como si quisiera esconder á todo el mundo su rubor honrado, el gigante de Zalamea lloró como un niño.

De pronto, se levantó, restregóse los ojos y sollozó débilmente: — ¡Toda mi vía trabajando y pá esto!...

Entonces mi tía intentó devolverle sus billetes. El coloso se irguió de súbito y su noble semblante se tornó hosco, duro, casi amenazador: — ¡Eso no, zeñorita! — dijo con muda grandeza: — aun me quean[mis mano pá ganáme er bocao de pan que necesite... ya pá mú poco tiempo! — Y recobrando su aspecto de viril resignación:

— He sembrao en mala tierra, es verdad — dijo — pero la cosecha que aquí se perdió... se recogerá ayá arriba!

Tomó el sombrero, revolvió dolorosamente la vista, como si lo contemplara todo por la postrera vez, y acabó por fijar en mi tía, en su señora, como él la llamaba, una mirada al par sostenida y asustadiza, que revelaba algo indefinible, como si el pobre enfermo del alma luchase con un anhelo que no se atreviese á formular.

Por fin, dió un paso hacia su protectora, la miró con expresión suplicante y balbuceó con voz ahogada: — ¡Vaya, por despedía, zeñorita!

Y rápida, furtivamente, como quien comete un delito, le tomó la diestra y se la estrechó llorando y haciéndonos llorar á todos.

Después salió como fugitivo de su audacia y abochornado de su emoción.

* * *

Y en efecto, poco tiempo después, el infeliz padre murió, como había dicho... ¡de vergüenza!

Aquella única familiaridad, aquel increíble atrevimiento del pobre campesino, ya decían bien á las claras que despedida tan solemne era la suprema. Solo en tal ocasión hubiera él osado semejante desacato. Y sin embargo su desacato sublime era todo un poema.

.....



Fundición de Masriera y Campins



Fundición de Masriera y Campins

Siempre que oigo hablar de socialismo, se me aparece aquel grupo simbólico del labrador y su señora, con las manos asidas y los ojos llenos de lágrimas.

¡Plégue á Dios que no se acaben en España los señores cristianos y los rústicos de la stirpe de los *Crespos* y los *Morenos de Zalamea!*

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ



E. BULAND.—BRETONNES ORANDO. (N. D. FOR.)



E. BARRIAS.—LA NATURALEZA DESCUBRIÉNDOSE. (E. F. Fot.)



E. DUBOIS.—EL PERDON. (E. F. Fot.)



A. J. CHANTRON.—ESTUDIO. (E. F. Fot.)

Tírititainas Paremiológico-Musicales

EL TENOR

(Para Juan Buscón)

APÁRTENSE allá las tí-
ples y las contraltos.
No *rempujen* los
barítonos y los ba-
jos.
Cuando se habla
de tenores se supri-
men las clases y los
sexos.
*Non si sentono le
campane piccole quando suonano le
grandi.*

Boca abajo todo el mundo.

— «La Música soy yo.»

Ha hablado el tenor, ¡el tenor, la mismísima Música, el rey de los cantantes y de los demás seres no cantantes!

¡Choque esos cinco, cesárea majestad!

Ha hablado el tenor, ¡el tenor, el *amoroso* del mundo de la ópera!

¡Choque, choque, augusta majestad!

El dinamómetro del temperamento del tenor señala la impetuosidad nerviosa, la tirantez de los tendones y de las arterias á punto de estallar, que determinan la vehemencia de los sentimientos vocalmente agudos, estridentes, apasionados, dramáticos y trágicos.

Por esto y otras cosas yo amo á los tenores: tú, lector, también amas á los tenores: en fin, que todos amamos á los tenores.

La voz aguda del *amoroso* acaricia, se ha dicho, y yo no me opongo, porque se confunde con la de la mujer y la del monaguillo ó niño de coro.

Se ha dicho, también, que su voz tiene timbres de bímano felino.

Tampoco me opongo, aunque no me lo explico claramente, porque, en puridad de verdad, no sé qué tienen que ver los gatos con los tenores.

Antes de pasar adelante ¡oh! sí, necesario decir otra vez, que yo amo á los tenores.

Tú, lector, sigue conjugando, pues sé de buena tinta que también amas á los tenores.

La maledicencia se ha cebado en



Fundición de Masriera y Campins

esos acaramelados seres, y ha dicho:
ni hombre tiple, ni mujer bajón.

Mal dicho.

Maledicencia de maledicencias, todo maledicencia.

Lo mismo que la extraña *jettatura* que padece un amigo mío asegurando que ha de morir á manos de un tenor.

Vamos á ver ¿por qué? ¿por qué ese *arcano* presentimiento?

Esos acaramelados seres no son capaces de esgrimir jamás un puñal homicida. No y mil veces no. Queda esto para los protervos y rencorosos bajos, para las despechadas contraltos, para esos basiliscos humanos que se llaman barítonos.

¡Morir á manos de un tenor!

Oiga mi amigo.

Habría que reformar, hay que reformar á todo trance la fisiología musical en la parte que se refiere á la relación y correlación, entre sí, de las voces ó timbres humanos.

Dice, y dice mal la fisiología, la práctica ó la tradición, que los seres dotados de voz de contra de órgano son generosos, pacíficos, bonachones, pero que, en cambio, son irascibles, violentos, fermentados, ruines de toda ruindad aquellos á quienes la natura puso en sus gargantas timbre de caramillo.

Esto es falso de toda falsedad.

Convéznase mi amigo y contemple con ojos de conmiseración lo que pasa en el país de la ópera que es el país en donde acontecen las cosas más racionales y más lógicas.

¿Quién es, ¡siempre!, la víctima nefanda?

El tenor, muerto á manos de crueles bajos ó traicioneras contraltos.

¿Quién paga los vidrios rotos?

¿Quién es, ¡siempre!, el *trucidatto* y *avvelenatto*?

El tenor, el miserando tenor.

Y todo ¿por qué? Vamos á ver: ¿por qué?

Porque canta mejor que los barítonos y los bajos.

Porque todos los tenores ostentan el título de *comendadores*, en tanto que ellos, los barítonos, han de contentarse con el de *cavallieres*.

Porque el tenor se deja querer más que los bajos, esos *primeros barbas* del país de la ópera.

Porque el tenor *hace* de rey, de duque ó de conde.

Porque los dardos vocales de su carcaj amoroso *perforan* los corazones de todas las almas sensibles.

Porque viste mejores telas y se echa encima todo lo más lucido de la guardarropía.

Porque es el más mimado y festejado del público, y el más envidiado del personal cantante y no cantante.

Porque se permite azucarar, confitar y acaramelar las pasadas de su voz...

Y, sin embargo, dramática y *operáticamente* hablando, el envidiado tenor es el ser musical más manso, más sencillo y más sin experiencia de las cosas de la vida.

Diríase que el tenor es al ruiseñor lo que un gorrión á un bajo.

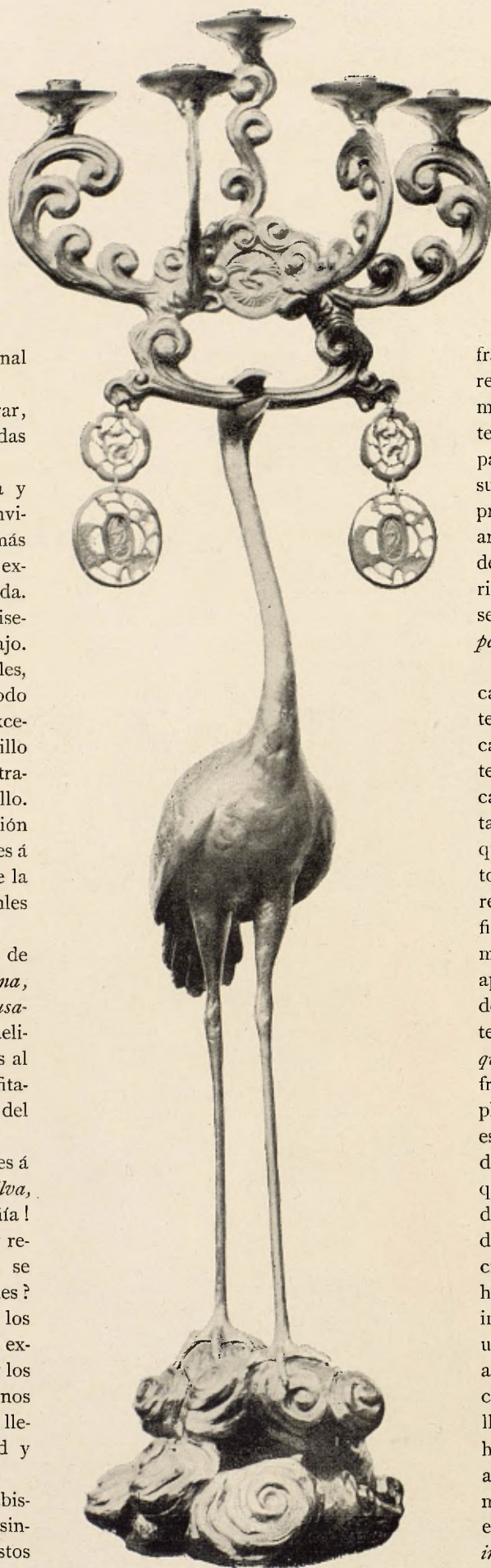
El ruiseñor anida en los rosales, entre el musgo, á la vista de todo el mundo: es el pájaro por excelencia más bucólicamente sencillo é inocente: un chico puede atraparlo con el cebo de un gusanillo.

Atrápenme ustedes á un gorrión ¡vamos á ver! Atrápenme ustedes á un gorrión, á ese granujilla de la familia de los volátiles. ¡Échenles cebo á esos pillos!

Asoma por un campo rural de ópera el cebo de una *Valentina*, una *Elvira* ó una *Violetta*, *gusanillas* que se crían en aquel delicioso país, y ya tienen ustedes al sensible tenor azucarado, confitado... y atrapado en las redes del amor ó en otras redes.

¡Pues ya! ¡Atrápenme ustedes á esos gorriones que se llaman *Silva*, *Bertramo*, *Nelusko* y compañía! ¡pónganles todos los cebos y reclamamos que quieran! ¡Que si se dejarán coger en aquellas redes? ¡Quí! Y eso que la fisiología los llama los seres generosos por excelencia. ¡Vaya por los seres y los *serones* vocales llamados barítonos ó bajos! ¡Abdómenes vocales llenos de vientos de tempestad y maldades! ¡Los detesto!

La naturaleza produce estrabismos y vicios de conformación singulares en lo que toca á gustos y aficiones musicales.



Fundición de Masriera y Campins

Mil veces se ha dicho que no debe fiarse uno de aquellas personas á quienes no agrada la música porque es uno de los ruidos más incómodos ó porque si no les incomoda la oyen como quien oye llover.

Pues para estrabismo de gusto musical, el refrán que uno de esos extraños seres á quienes no agradan ni la música ni su principal ornato, el tenor, aplicó á uno de esos simpáticos seres en pleno ejercicio de sus facultades y en el momento preciso en que iba á acometer un aria lacrimosa de las más estridentes y pistonudas del repertorio: — *El gaitero de Bujalance* — se atrevió á decir — *un maravedí porque empiece y diez porque acabe*.

Me pareció tan injusta la aplicación del refrán á un mísero tenor en el momento supremo de cantar un aria de aquellas en que teme uno que se le rompa alguna cañería importante al que las canta por deberes de sexo, un aria, que por lo que rezaba el argumento, debía de tener, como tuvo, realmente, á la llegada de un pérfido bajo, serias consecuencias: me pareció, digo, tan injusta la aplicación del refrán del gaitero de Bujalance, que no pude contenerme y exclamé: — Señor mío, *quien canta, sus males espanta*: refrán por refrán, déjeme contemplar admirado y enternecido ese espectáculo sin igual en los fastos de la historia, un hombre sencillo que *inocente en paz vivía*, víctima de un bajo hipocondríaco y sañudo que le acecha por los intersticios ó las troneras de la muralla humana de coristas, cómplices impasibles de tan cruento paso: un hombre que, *seca la garganta*, aun *gruñe* y *espanta* porque sabe cómo las gastará el bajo cuando llegue el *terrible momento*: un hombre nacido para amar y ser amado y para rivalizar con el mirlo que *educa* el zapatero de enfrente, que se lamenta como ese *infelice*: un hombre que debería cantar si la yugular y otras venas



¡NATURALMENTE!

Salud, fortuna, paz; ¡cuánto tenía!
por una mujer bella, había dado
un sabio, tontamente enamorado.

Y esa mujer, en pago, le decía:
«que no se decidía.»

Pero un necio la mira... indiferente,
y ella dice «que sí» ... ¡Naturalmente!

Salvo el honor de la mujer ajena;
busco al calumniador, con él me bato;
ella me dice: «que le mate» y mato;
voy a presidio, extingo la condena.

Y la mujer, sin pena,
à mi amorosa súplica, inclemente,
me contesta: «que no» ... ¡Naturalmente!

¡ESTA ES!

De una que en vida no pude contemplarte,
al saber de tu muerte,
volando, al cementerio fui por verte.
... pero ¿cómo encontrarte?
Y al encontrarte, ¿cómo conocerte?

De una tumba á los pies,
esclamé, al contemplar mustio ciprés,
Por más que el epitafio no la nombra,
... la conozco; ¡esta es!
... que mata al ciprés que le da sombra.»

Pedro GAY

importantes pudieran resistir sus ímpetus de indignación vocal, no diez minutos sino diez eternidades de minutos: un hombre que prorrumpe en quejas y ayes como los que vocaliza ese *disgraziatto*, ha de cantar para gruñir y espantar sus males y ha de cantar fuerte hasta que se le rompa algo, que en esto consiste la suerte, como en el toreo los lances precursores de cornadas seguras, porque para ganar la vida la pierden los tenores y hasta los hombres todos, y porque las cosas que les pasan á esos seres extraordinarios vocales son para lloradas por las mismas piedras si llorar pudiesen. ¿Cómo no ha de lamentarse y cómo no ha de levantar el grito hasta las bambalinas echando *dós* de espalda y de pecho, cuando ve que el protervo *Bertramo* le está haciendo mal de ojo durante cinco actos de ópera? ¡*Cual es la campana*, señor mío, *tal es la badajada!* ¡Y ahí es nada lo que le pasa al tenor en el *Roberto!* ¡Pues, no que no! Usted, señor mío, en el caso de Raul, no se cruzaría de brazos al oír el concierto de badajadas que se arma en aquel famoso *duo* con *Valentina*. ¿Y quién en el trance de *Vasco* no toca á rebato cuando los inquisidores le examinan de astronomía preguntándole si la osa mayor es la mujer del oso, y quién, en fin, como *Otello*, soltará el badajo de las manos si barrunta que *Desdémón* (*campana cascada nunca suena*) ha puesto asechanzas á sus cuerdas vocales ó... frontales?

¡Pobres tenores!

Entre enemigos andáis.

Por todas partes os combaten y no hay seguridad en vuestra vida, amenazados por la maledicencia y... vuestros pulmones.

Por amor de la ópera debéis aceptar de grado las cosas adversas como son venenos, traiciones, puñales, tentaciones, críticas, silbas y menosprecios.

Eso sí, aceptad también las cosas propicias, cinco mil francos por noche, que *quien tiene dineros pinta panderos*. ¡*C'est la moralité de cette comédie!*

Cantad, tenores, cantad, que *en manos está el pandero que lo sabrán tañer*.

Las aficiones del público de ópera, sus gustos extremados, su inteligencia musical corren parejas con los de la *casa del gaitero* en la que *todos eran danzantes*.

Os miman, os aplauden, os festejan, pues, cantad ¡vive Dios! y cantad aunque no sea *todo vero lo que suena el pandero*.

Cantad echando *dós* de pecho ó de espalda: cantad hasta que os rompáis algo, que ahí están los mañosos profesores de canto que os pondrán tapas y medias suelas á la voz y os la dejarán como nueva.

Para música vamos, tenores, como dijo la zorra: la constelación reinante es constelación de plétora musical y, sobre todo, de plétora de dios-tenor y de ópera.

Para música vamos, sí, pero lo peor es que *lo que se nos viene por la flauta se nos va por el tamboril*.

Para música vamos, á caza de tenores, que *alfaya por alfaya, más queremos panderos que no sayas*.

Cantad, tenores, cantad, que *en manos está el pandero que lo sabrán tañer*.

F. P.



F. Domingo

COSTUMBRES AFRICANAS

Las continuas exploraciones que animosos viajeros vienen haciendo en el continente africano, no ha muchos años casi desconocido en su interior y hoy poco menos que recorrido por completo en sus diferentes comarcas, han permitido averiguar recientemente ciertos usos y costumbres de las tribus que las habitan, algunas de las cuales son dignas de mención por su misma originalidad.

Así por ejemplo, los chulis, habitantes del Alto Nilo á su salida del lago Alberto Nansa, son negros cuyo aspecto no es del todo desagradable, pero que se empeñan en desfigurarse metiéndose pedazos de cristal en los labios.

El color encarnado que encuentran con abundancia en el óxido de hierro del suelo, les sirve para pintarse el cuerpo del modo más caprichoso, y ora son colorados el torso y las piernas y la cabeza negra, ora sucede lo contrario ó bien su piel negra aparece surcada de rayas trazadas con regularidad. Es tan grande la variedad que un grupo de estos indígenas visto de lejos parece una reunión de soldados con diferentes uniformes.

Los hombres se adornan con estudiado esmero, y su peinado es objeto de los mayores cuidados; sumamente alto, se compone de varios pisos, entre los cuales van sujetos adornos de todas clases, como guirnaldas de hierbas, flecos de lana, argollas ó perlas. El portador de semejante edificio se ve obligado á andar con el mayor cuidado para no descomponer su cabellera, y apenas se atreve á mover la cabeza mientras anda. Llevan brazos y piernas recargados de muchos y pesados dijes de hierro que comprimen los músculos y comunican gran pesadez al cuerpo, de suerte que un rico cuando se pone todos sus adornos ha de volverse del todo para mirar á derecha ó á izquierda. El chuli practica en alto grado los deberes de la hospitalidad y manifiesta su amistad al forastero escupiéndole en la mano.

Otra tribu habitante en la isla de Madagascar, ha poco tiempo dominada por los franceses, se distingue por los malos tratos que inflige á la pobre mujer que acaba de perder á su marido. Esta tribu es la de los sihanacas que viven en la parte oriental de dicha isla. Vestida la desdichada viuda con sus mejores ropas, aguarda en la casa mortuoria el regreso de los que han ido á enterrar á su esposo. Al volver de la ceremonia, los parientes y amigos se precipitan sobre ella, le quitan las alhajas, le desgarran la ropa, le desatan la cabellera, le arrojan un puchero roto, una cuchara rajada ó un trapo sucio y la llenan de maldiciones como si fuera la causante de la desgracia. Le está prohibido hablar: todos pueden golpearla, y este duelo dura meses enteros, á veces un año, terminando por un divorcio en regla, que pronuncian los parientes del difunto para separarla de los restos del que fué su esposo.

Los bakundus, tribu del país de Camarones, perteneciente á Alemania, tienen gran temor á los espíritus, á los que acusan de chupar la sangre como los vampiros; por esto abren dos tumbas para los muertos, una en la selva y otra en la casa mortuoria; de este modo creen burlar á los espíritus, que no saben en cuál de las dos huesas ha sido enterrado secretamente el difunto, y aun por exceso

de precaución esconden el cadáver en una excavación lejana. Todavía se oculta más misteriosamente el cadáver de los reyes para librarlo de todas las persecuciones imaginarias; con todo, hay tumbas visibles erigidas por vanidad á pesar del terror, pero las rodean de sólidas paredes de mampostería y de tejidos de hierbas con objeto de oponer suficiente resistencia á las invasiones de los fantasmas.

También intervienen los espíritus en las exequias de los balallis, tribu del Congo francés, aun no perfectamente conocida. Cuando muere un hombre libre (si es esclavo se lo comen) le hacen funerales extraños; se le mete en un largo cilindro de madera, colocado en la casa mortuoria y así queda por espacio de un mes, es decir, hasta la ceremonia del entierro. Aquel día se ponen fetiches en el cilindro, adornándolo previamente de cintas, follaje y telas, y se llevan el féretro corriendo para asustar á los malos espíritus; en estos bruscos movimientos, el féretro, fijado á un pivote que los conductores sostienen por medio de tres pértigas paralelas, rechina desagradablemente. Llegados al sitio de la inhumación, los amigos recogen las telas que han prestado para la ceremonia y meten el féretro en la tumba como un sable en su vaina. Cuando el cilindro queda cubierto de tierra, tienen cuidado de no tapar el agujero hecho previamente á la altura de la boca del difunto, porque seguirá siendo comensal de los sobrevivientes, los cuales cuidarán de servirle vino de palma.

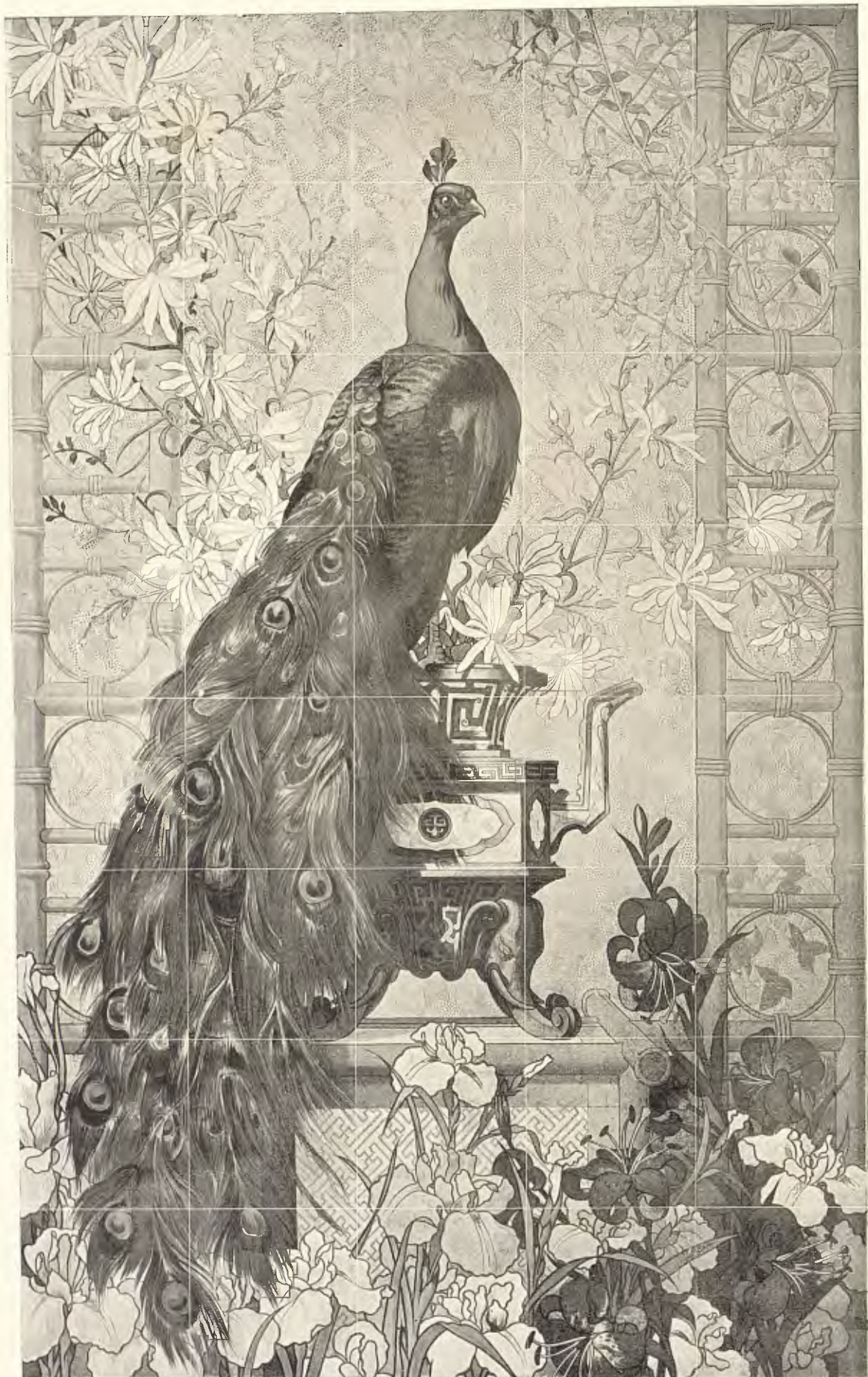
LOS PECES CANTORES

Hay en los mares que bañan las costas del Sur de los Estados Unidos, así como las del Brasil y también las de la Cochinchina, una clase de peces llamados pogonias, notables, entre otras particularidades, por el extraño rumor que producen. Unos observadores dicen que solo lo dejan oír cuando se les saca del agua, pero otros aseguran que lo emiten debajo de ella, que dicho rumor es sordo y cavernoso, que se reúnen varios de estos peces alrededor de los buques anclados y que en tal momento se le percibe mejor y más continuo. Así lo confirman varios viajeros y particularmente un oficial de la marina de los Estados Unidos, el cual refiere que durante una travesía que hizo á los mares de la China y hallándose en la embocadura del Cambodja, llamaronle la atención unos sonidos extraordinarios que se percibían alrededor de la quilla del buque. Asemejábanse á una mezcla confusa de notas bajas de un órgano, con sonidos de campanas, gritos guturales de algún animal y tonos parecidos á los de una enorme arpa. «Aquellos rumores, dice el indicado oficial, aumentaron gradualmente, formando al fin una especie de coro general á lo largo del buque; pero á medida que remontamos el río, disminuyeron poco á poco, cesando al fin por completo. El intérprete nos dijo después que procedían de una bandada de peces de forma oval y aplana, que tienen la facultad de adherirse fuertemente con la boca á diversos cuerpos.»

El sabio Humboldt presencié un hecho análogo en el mar del Sur, que viene á confirmar la particularidad que distingue á dichos peces.

Azulejos cartón piedra de HERMENEGILDO MIRALLES: 59, Bailén, 59; Barcelona

PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1^m X 1'60